

INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *La crisis de Dios hoy*, Ediciones Khaf, Madrid 2013, 231 pp.

Presento una publicación conmemorativa. Se trata de las conferencias dictadas durante el curso 2012-2013 en el Instituto Superior de Pastoral, de Madrid, curso en el que dicho instituto celebraba sus bodas de oro. Ahora bien, no se trata de unas conferencias centradas en el quehacer de la propia institución, como en ocasiones se hace, sino de unas conferencias que redundan en el espíritu que lo ha caracterizado desde su fundación y que debe distinguir la teología cristiana, porque así se puso de manifiesto en la 'relatividad jesuana': la apertura y el servicio a, la proexistencia. Más concretamente, como explica el Prof. García Maestro en la introducción, en esta ocasión el instituto quería formar parte activa de la iniciativa del 'atrio de los gentiles' y establecer así un diálogo entre la teología y la humanidad en torno a Dios, cuestión no evidente en la actualidad. De ahí el título de la obra: *La crisis de Dios hoy*. Por esta razón considero que, aunque no se presenta así la publicación, se podría realizar un acercamiento al presente libro atendiendo a diversos interlocutores de dicho atrio.

El primer interlocutor sería el hombre de 'a pie', el ciudadano postmoderno o postcristiano, el hombre del pensamiento débil, del relato y de la experiencia. Para dialogar con él se ha buscado a uno de los mejores conocedores del movimiento crítico de la Escuela de Frankfort y, por consiguiente, de la teología política, surgida, en parte, a su zaga. Bajo el título *Crisis de Dios hoy: ¿en qué Dios creemos?*, considero que J. J. Sánchez Bernal da en el clavo sobre lo sustancial en este diálogo: cuestionarnos sobre el Dios del que hablamos. Porque la cotidianidad refleja que lo que está en crisis no es el fenómeno religioso o la manifestación religiosa, sino una determinada religiosidad vinculada a una concreción de Dios. Como bien leía hace unos días a Vattimo, la muerte de Dios propiciada por Nietzsche es la muerte de un determinado Dios, el moral, y dicha muerte propicia la posibilidad de otros derroteros de la

ESTUDIOS TRINITARIOS

F. Vidalbos, 82

SALAMANCA

religión. Es lo que en el fondo se plantea el autor, al constatar la convivencia del ateísmo de masas con el fenómeno ambivalente del retorno de lo religioso. De ahí que el lema que pueda resumir la actual crisis sea 'religión, sí; Dios, no'. Ahora bien, el autor da un sabio giro de tuerca: esta crisis se ha de encuadrar en una crisis más general, que es la crisis teológica (crisis del proyecto de Dios), porque en el fondo es la humanidad la que está en crisis, siendo los más vulnerables su botón de muestra. Es así como, precisamente en la memoria de la ausencia de Dios, el autor invoca la provocativa imagen del Dios de Jesús, un Dios caracterizado por su 'trasdescendencia', por su cercanía hacia los sufrientes del mundo, por su solidaridad para con ellos. Interesantes resultan sus cuestionantes páginas sobre si en la actualidad resulta escandaloso creer en un Dios Trinitario, profesar un monoteísmo débil, pático y sufriente. De este modo, siguiendo a Bonhoeffer, Metz y Sobrino, con esa aguda sensibilidad por las víctimas de la sociedad, que son las que en el fondo plantean la cuestión del Dios en el que creemos, el autor propone la mística de los ojos abiertos como manifestación de esa pasión por el Dios que se deja afectar por el sufrimiento humano, una pasión por Dios que traspasará la religión burguesa, superando así cualquier fundamentalismo, ya sea teísta o laicista.

El segundo interlocutor se deriva del tono del anterior artículo, pero era preciso destacarlo: los marginados de/por la sociedad, los pobres. La reflexión sobre la comprensión de Dios desde ellos le corresponde en esta ocasión a L. González-Carvajal, también claramente sensible a su problemática, tal como denotan sus publicaciones y su reflexión desde la teología moral social. Quizá por afinidades con el tema, su discurso me ha parecido más convencional, más en la línea de lo que se viene escribiendo sobre esta cuestión. Aun con todo, considero que no se deben dejar escapar ciertas llamadas de atención del autor a fin de plantear bien esta temática. Significativa resulta la diferenciación entre el genitivo subjetivo (hablar sobre el Dios en el que creen los pobres) y el genitivo objetivo (hablar sobre el Dios que quiere a los pobres). Ni que decir tiene que en ocasiones se habla del Dios de los pobres sin atender a dicha diferencia, mezclando los niveles. El autor, con suficiencia, plantea la cuestión en ambos ámbitos, diferenciándolos y complementándolos. Por lo que atañe al primero, se detiene en la importancia del 'lugar social' para el quehacer y el sentir teológicos, así como en la gravedad de no manipular el lenguaje, cuestiones ambas muy trilladas pero que, por

desgracia, una y otra vez son obviadas en nuestra mentalidad globalizada neoliberal. Por lo que se refiere al segundo, desarrolla la opción por los pobres como una opción contra la pobreza (sin entrar así en la problemática relación de esta opción con los 'no pobres').

El tercer interlocutor viene dado por el hombre afianzado en la racionalidad científico-técnica, y el encargado de buscar el necesario diálogo con él es A. Udías Vallina, jesuita y científico suficientemente conocido por sus escritos en este sentido. Su colaboración se torna la más amplia y, aunque sus ideas ya han sido publicadas en otros lugares, aquí adquieren un nivel de sistematización enriquecedor, que quienes se quieran iniciar en el diálogo ciencia-religión agradecerán. De un modo claro y expositivo, el autor plantea el problema de la relación entre ambos ámbitos atendiendo a que son visiones de un mismo mundo que han de dialogar, que implican dos opciones fundamentales del ser humano, que son formas de conocimiento y realidades sociales y que no deben confundirse con sus respectivas ideologías, radicando aquí el antagonismo que durante siglos ha parecido primar en las relaciones entre ellos. Posteriormente, clarifica los rasgos del conocimiento científico y la naturaleza del pensamiento religioso, a fin de evitar dicha confusión. A continuación establece las diferencias entre ambos ámbitos (diferentes finalidades y puntos de vista, diferente valoración de los elementos afectivos, diferente campos de estudio), así como sus semejanzas, que pueden establecer una zona común de diálogo (aceptación de un mundo exterior al sujeto, importancia de la asunción de presupuestos, significatividad de la comunidad, propuesta de sistemas generales de creencias para que los seres humanos piensen y actúen). Llega así a la relación entre ciencia y religión, apelando a su coexistencia histórica e interacción positiva a lo largo de los siglos y achacando los conflictos a los fundamentalismos (creacionismo y fisicalismo materialista). Para evitar éstos, el autor propone la defensa de la mutua autonomía y del no solapamiento de magisterios. Finaliza su exposición con las posibles salidas al problema planteado, como son el diálogo no asimétrico y la posible complementariedad, así como con una exhortación: que la teología no se convierta en gueto.

El cuarto interlocutor atañe al hombre guiado por la racionalidad filosófica. En esta ocasión se ha invitado a dos filósofos para que dialoguen con él, pero sus planteamientos son diferentes, tanto en objetivo como en forma. Con el lenguaje vivo e interpelante, por rompedor, que

lo caracteriza, M. Fraijó aborda la cuestión del filósofo ante Dios a la manera de un historiador que desgrana el proceso de la filosofía de la religión. Parte del poder cognoscitivo de la ausencia para adentrarse en el discurrir de las formas teóricas globales que han abordado la existencia de Dios. Se detiene en la negación de Dios en el pensamiento contemporáneo, formalizado por el nihilismo teísta de Nietzsche y metafísico de Heidegger, y halla en la pregunta de las víctimas un resquicio para la afirmación de aquél. Desarrolla seguidamente dos razones para el cambio de planteamiento, si bien se trata de las razones que explican el eclipse de Dios: por una parte, la revelación mediada de Dios, por lo que su 'curriculum vitae' resulta muy precario al exponerse a la opacidad de lo real; por otra, la consiguiente recepción precaria de dicha revelación, expuesta a la ambigüedad de interpretaciones. Sus últimas palabras van dirigidas a la propuesta kantiana de los postulados de la razón pura práctica, presentando al filósofo de Heisenberg como el gran valedor de que la nada no es el final del camino, de que no se puede hablar de salvación sin apelar a la trascendencia.

Por su parte, J. Martín Velasco afronta la misma temática a modo de una biografía espiritual. Por ello, aunque parezca una nimiedad, en el título de su artículo coloca el 'dos filósofos' entre paréntesis, pues él se centrará en el situarse del ser humano ante Dios como hombre, si bien es verdad que su discurso no es ajeno al sensible y atinado sesgo fenomenológico del hecho religioso que ha prodigado por doquier. En su biografía espiritual destaca el sentido de la gratuidad, de forma que, así como no somos conscientes de nuestro nacimiento, tampoco lo somos de nuestra experiencia de Dios. Presenta a éste en todo momento como misterio, como presencia universal y permanente, aunque no todos la descubran ni acojan. Desentraña cómo la comprensión del hombre como imagen de Dios es nuclear para esgrimir las razones de la acogida de tal presencia, que recibe nombre por parte de aquél en virtud del impulso que brota de lo más interior de sí mismo, que se corresponde justamente con esa presencia. Uno de dichos nombres alude a la presencia originante del Dios cristiano. Sus últimas palabras se orientan a proponer la búsqueda de la salvación como aquello que, en realidad, aúna a todos los hombres. Merece la pena tener todos estos planteamientos muy en cuenta en el diálogo en el atrio de los gentiles. — E. Gómez.

RODRÍGUEZ SOTO, J. C., *Dios y la guerra*, Ediciones Khaf, Madrid 2013, 150 pp.

Impactante, conmovedor, esperanzado. Serían los tres calificativos con los que describiría esta breve 'teodicea existencial', esta invitación a la *sinkatabasis*, a la condescendencia, realizada por este misionero comboniano y periodista, faceta que se denota en el ingenioso y zigzagueante uso de la pluma. La fuerza la trasmite el testimonio: un relato apasionante, que no dejará a ningún lector impasible, a modo de retazos de la guerra que ha asolado República Centroafricana desde 1986 hasta 2007 y la posterior declarada en el norte de Uganda; un relato en el que, a la vera de Puebla, trasluce a la perfección el rostro masacrado del continente africano; un relato que no quiere ofrecer grandes debates teológicos (pp. 17, 42), sino narrar la vivencia de cómo la guerra pone en jaque la fe al reflejar el silencio de Dios y sobre cómo la gente sencilla ejemplifica la experiencia de Jesús en la cruz; un relato que abre al futuro al sostener que la fe puede fortalecer al creyente para trabajar por la paz y la reconciliación, o, como escribe el autor en una de estas afectadas páginas: "Ante el sufrimiento humano la única respuesta honrada -para cre-

yentes y no creyentes es acompañar a las víctimas y luchar para transformar la situación de conflicto en la que están inmersos, algo que no podremos realizar nunca sin llenarnos de la presencia del Señor de la paz" (p. 16).

De la densa teología narrativa aquí transcrita derivan diversos factores que la humanidad entera debe revisar si realmente quiere construir la paz sobre un mundo de justicia: la lacra del fanatismo religioso que utiliza el nombre de Dios para justificar las mayores masacres; la intimidación como el gran prólogo de la guerra, tal como denotan los traumas; el recurso a la amnesia sobre lo que no interesa para convencernos de que no existe; la confianza en el misterio del amor encarnado; la exigencia de bajar de la cruz a los crucificados de la historia. Leyendo estas páginas, uno inmediatamente conecta con la influencia del *Dios crucificado* de Moltmann y con las propuestas de diversos teólogos de la liberación. Pero querría que no se olvidara nunca, y con ello cierro esta breve reseña, que la verdadera influencia le viene de los pueblos africanos, de sus costumbres, como la del *mato oput*, y de sus parajes, por los que el autor muestra predilección. – E. Gómez.

GÓMEZ ACEBO, I., *Francisco. El pañero de Asís*, Editorial Khaf, Madrid, 2013, 311 pp.

La Editorial Khaf, en su breve existencia, nos tiene acostumbrados ya a ciertas sorpresas. Una de ellas fue la inclusión en la narrativa religiosa. Por narrativa religiosa entiendo la novelación de la experiencia de fe. Recuerdo al impactante Sijor y al alucinante Hesse de Solórzano, así como al periodístico libro de viajes de Arturo San Agustín. Ahora cae en mis manos este *Francisco, el pañero de Dios*. A su autora la conozco por su labor exegética y su pasión, compartida por otras teólogas españolas, por feminizar esa teología y esa lectura de la Biblia tan masculinizada. Por ello, estas páginas me han sorprendido gratamente, porque he visto la camaleónica transformación de Isabel a la hora de escribir, de narrar, de transmitir, si bien sin perder la sutileza y la sensibilidad femenina y materna que la caracterizan y que está presente a lo largo de estas páginas. *El pañero de Dios*, reza el subtítulo, no menos certero que aquel de antaño, *el juglar de Dios*. Ambos hacen honor a este santo alternativo, que ha pasado para gran parte de la humanidad, y así lo piensa tam-

bién la novelista, por el que mejor ha reflejado el espíritu de las bienaventuranzas, el espíritu de Jesús de Nazaret.

Como si de una novela de aventuras se tratara, pues lo que se pretende narrar no es más que una auténtica vida de novela, la autora recrea con soltura las fuentes de la vida del santo. Repasa los ajetreos de la infancia, adolescencia y juventud; los gozos del encuentro con quien da sentido a la vida; el dolor de quien es ignorado por los suyos y encumbrado a la cruz con su amado. Todo ello, sobre el inmenso e inquietante universo medieval del siglo XIII que, a través de una escritura ágil y sensible, se deja sentir. Quizá es por ello por lo que algunos la proponen como una novela juvenil, apelativo que en absoluto debe hacer desmerecer esta aportación. Porque quien enseña literatura a adolescentes y jóvenes sabe lo exigentes que son para gustar de ella, y porque a una madre y a una abuela no considero que resulte insultante decir que sabe contactar con este público, el futuro del mundo, un mundo demasiado asentado en el aparentar y que puede encontrar en esta vida de desasimiento la fuerza para cambiarlo. Por ello, personalmente me he visto gratamente sorprendido por su rastrear el retrato del joven que quiso ser caballero y por el giro radical que dio a su vida y cómo supo conjugar la posible atracción enamorada que sintió por Clara con la llamada que descubría en su interior. Todos ellos son factores que, sin duda, harán que los jóvenes de hoy, a veces tan tergiversados por nuestras valoraciones, se dejen tocar. Gracias, Isabel, por narrarnos modelos que enseñan a gustar esas fragancias que escapan a casi todos. — *E. Gómez.*